



TEMA I

INTRODUCCIÓN A LA CATEQUESIS CRISTOCÉNTRICA

CATEQUESIS Y REVELACIÓN

(1ª clase)

I. INTRODUCCIÓN

Antes de empezar a hablaros propiamente de la catequesis cristocéntrica, querría traeros unas palabras de algunos santos y teólogos, que nos hablan del corazón de la vida cristiana, del cristianismo.

Empiezo con las de san Ambrosio porque son las primeras que me han venido a la mente: «Cristo lo es todo para nosotros. Si quieres curar una herida, él es médico; si tienes sed, es fuente; si estás oprimido por la iniquidad, es justicia; si necesitas ayuda, es fuerza; si temes la muerte, es vida; si deseas el cielo, es camino; si huyes de las tinieblas, es luz; si buscas alimento, es comida»¹. San Ambrosio era un alto funcionario real en la Milán imperial, y era catecúmeno. Cuando murió el obispo de Milán, siendo él aún catecúmeno, fue aclamado como obispo, y, efectivamente, recibió el bautismo y, luego, fue ordenado sacerdote y consagrado como obispo. Cuando habla con este amor por Jesús, muestra también lo que es para él el cristianismo y la vida humana misma. Todo se cifra en Cristo. Su persona lo llena todo.

No quería llenar esto de citas, pero estas palabras me traen a la memoria otras de san Ignacio de Antioquía, muerto mártir muy a comienzos del s. II. Él, de forma muy breve, pero

¹ SAN AMBROSIO, *La virginidad*, 99: SERMO, XIV, 2, Milán-Roma 1989, p. 81. Audiencia de Benedicto XVI, 24 oct 07

muy expresiva, habla en una de sus cartas de Cristo, como «nuestro inseparable vivir»². Sí, también para él la vida es Cristo y todo lo demás no es sino basura, por utilizar ahora las palabras de san Pablo (Cf.: Flp 3,7-11): «Cuanto era para mí ganancia, por Cristo lo considero como pérdida. Es más, considero que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él perdí todas las cosas, y las considero como basura con tal de ganar a Cristo y vivir en él...» (Flp 3,8-9).

En el s. IV también, no ya en la poderosa Milán, sino en Nisibe, en Siria, escribe san Efrén:
¡Escaparé contigo, para contigo ganarme
la Vida, dondequiera que estemos!
La fosa, contigo deja de ser fosa,
pues contigo asciende el hombre al cielo.
El sepulcro contigo, deja de ser sepulcro,
pues tú eres la Resurrección [...]

San Bernardo, que vivió entre el s. XI y el XII, el monje cisterciense que arrastró hasta el monacato a hombres sin cuento y cuya voz se escuchaba en toda Europa, como la voz de un profeta, se dirigía así a su Jesús: «Todo mi bien está en unirme a ti, ¡Cabeza gloriosa y bendita por siempre, a quien los mismos ángeles desean contemplar!»³.

Para no alargarnos saltamos al siglo XVI. Desde aquellos años y desde Roma nos llegan las palabras que san Felipe repetía muchas veces a los suyos: «Quien quiere otra cosa que no sea a Cristo, no sabe lo que quiere; quien pide otra cosa que no sea Cristo, no sabe lo que pide; quien obra y no lo hace por Cristo, no sabe lo que hace. Todo es vanidad, sino Cristo».

Saltamos al s. XX. Romano Guardini, uno de los maestros que más influyó en la educación de Benedicto XVI, queriendo describir la esencia del cristianismo, dice:

«No existe una 'esencia del cristianismo' escindible de Jesucristo y que pueda ser expresada en un sistema conceptual autónomo. La esencia del cristianismo es Él. Es aquello que Él es, aquello de lo que viene y a lo que está dirigido, lo que vive en Él y a Su alrededor, escuchado de su viva voz y leído en Su rostro. En todo esto se plantea al espíritu una afirmación y una pretensión filosófica frente a la cual se desbarata la filosofía pura: que la categoría última del cristianismo es el hecho particular e irrepetible de la personalidad concreta de Jesús de Nazaret»⁴.

San Juan Pablo II abrió su pontificado con una encíclica sobre Cristo (*Redemptor hominis*) donde se leía: «Jesucristo es el centro del Cosmos y de la Historia»⁵. Y muchos años después, cuando comenzó el tercer milenio, preguntándose cómo debía la Iglesia cumplir su misión en el nuevo siglo y en el nuevo milenio, concluyó:

No será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!* No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste⁶.

² SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los efesios* 3,2

³ SAN BERNARDO, *Sermones*, Sermón 1, 1-2. En Cuaresma.

⁴ ROMANO GUARDINI, *Pascal o El drama de la conciencia cristiana* (Emecé. Buenos Aires 1955)

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 1

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 29

CATEQUESIS CRISTOCÉNTRICA

Y seguro que habéis oído unas significativas palabras de Benedicto XVI explicando por qué y cómo un hombre se hace cristiano: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»⁷.

Pues bien, si la persona de Cristo, no una moral traída por él, no una doctrina traída por él, sino él mismo, llena toda la vida cristiana y el cristianismo se cifra en él, en la unión con él, ¿qué será la catequesis, donde se enseña a ser cristiano, sino mostrar a Cristo y llevar a él? Por eso hablamos de catequesis cristocéntrica. Una catequesis que tiene a Cristo en el centro, una catequesis que está llena de Cristo.

*** **

Catequesis cristocéntrica significa sencillamente catequesis que tiene en el centro la persona de Cristo. Y al hablar de catequesis cristocéntrica estamos hablando sencillamente de catequesis. No hay catequesis que no tenga a Cristo en el centro. Si no lo tiene, no es catequesis, puede que sea una cosa estupenda, pero no será catequesis. La catequesis es la enseñanza de los Apóstoles sobre Cristo, aunque es algo más que «enseñanza», tal como la entendemos habitualmente: es la oferta de un seguimiento, de un discipulado, de una amistad, de una gracia que regenera... Enseña a Cristo y su misterio de salvación, es decir, lo que Cristo significa para la salvación de sus interlocutores reclamando la inteligencia, la voluntad, el afecto y la persona misma que escucha. Reclama el ejercicio de la libertad, el reconocimiento de Cristo como Señor y la obediencia a Él. Lo hace de forma progresiva: en la medida en que Cristo se da a conocer por medio de la catequesis, en esa misma medida reclama el corazón del hombre.

Abundamos en esta idea: la catequesis no solo habla de Cristo, eso lo hace también un libro de teología, por ejemplo un estudio sobre el evangelio de san Lucas o un tratado de cristología. La catequesis habla de Cristo y de la salvación que trae a aquel a quien se dirige, niño o adulto. Y así reclama siempre no solo la atención de su inteligencia, sino la adhesión de su voluntad y su conversión, su fe, su amor y su esperanza.

Esto de que la catequesis «reclame» al hombre apunta al fin de la catequesis: llevar al hombre a la comunión con Cristo. Este es su verdadero y gran fin.

¿Cómo se lleva a cabo esta comunión? Dos elementos realizan esta comunión: el acto de fe del hombre concreto y la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana, el bautismo, la confirmación y finalmente la Eucaristía. Somos bautizados y ungidos con el Espíritu Santo en orden a la Eucaristía, ésta es la plenitud de la iniciación cristiana y el inicio de la vida cristiana ordinaria, que a su vez es un camino hacia la santidad. La catequesis por excelencia es la catequesis cristocéntrica que conduce a la celebración de los sacramentos de la iniciación, o bien, para aquellos que ya han recibido los sacramentos, la catequesis que busca suscitar la fe, la esperanza y la caridad que dichos sacramentos requieren en quien ya los han celebrado. Esta catequesis es la catequesis por excelencia, la llamada «catequesis de iniciación cristiana».

Existen otras formas de catequesis, no menos importantes, por ejemplo la catequesis que necesitan los novios para prepararse al matrimonio, pero la catequesis de iniciación cristiana tiene por objeto constituir al sujeto cristiano, al varón o a la mujer cristianos. Cualquier otra

⁷ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

acción pastoral posterior necesita de este sujeto cristiano que está constituido por la fe y los sacramentos. Y la catequesis sirve a esa fe necesaria para la formación del hombre cristiano. Sin esta realidad nueva, la del hombre cristiano, todo esfuerzo pastoral posterior será inútil y tendrá que empezar por intentar construirla, en el fondo haciendo de alguna forma el trabajo de la catequesis de iniciación. Pero si no hay sujeto cristiano, no se puede esperar una comprensión cristiana del mundo y de la existencia, no se puede esperar que la vida de quien no es cristiano se adecúe a la moralidad cristiana, aunque sea razonable para todo, aunque sus preceptos tengan valor universal. Al final, aunque quisiera, el no cristiano no puede adecuar su vida a la moral cristiana ya sea en el trabajo secular, en la política, en la vida matrimonial, en la concepción y educación de los hijos o en cualquier otro ámbito de la vida, porque esa moral tiene como fundamento la unión con Cristo y su gracia. Por eso, la primera labor de la Iglesia es constituir sujetos cristianos, y eso lo hace por medio de la catequesis de iniciación cristiana. De ahí que la catequesis de iniciación cristiana, la que sirve a la fe que reclaman los sacramentos, sea la catequesis por excelencia. Y como hemos dicho al principio, la principal característica de esta catequesis es que es cristocéntrica.

Podríamos resumir esta introducción diciendo que la catequesis es cristocéntrica tanto por su contenido, la persona de Cristo, como por su fin, llevar a su interlocutor a la comunión con Cristo.

Se trata de un tema crucial. Cualquiera que se ponga a catequizar, o a reflexionar sobre la catequesis, tiene que tener claro el contenido y el fin que persigue la catequesis. De la misma manera que no se puede olvidar el origen de la catequesis (la Revelación y la profesión de fe apostólica), o su naturaleza (un acto de Tradición), tampoco se puede olvidar su contenido (la Palabra de Dios encarnada, Cristo) y su fin: llevar al hombre a la comunión con Cristo, que hace que la catequesis vaya más allá de sí misma: a la profesión de fe y a los sacramentos. El qué, Cristo, y el para qué, la comunión con Cristo, contenido y finalidad, determinan toda la acción catequética.

RESUMIENDO:

- La catequesis es la enseñanza de los apóstoles sobre Jesucristo. No es una enseñanza cualquiera, sino una enseñanza que «reclama al hombre».
- Es progresiva.
- La catequesis por excelencia es la catequesis de iniciación cristiana, que busca llevar al hombre a la comunión con Cristo. La comunión con Cristo se alcanza por la fe y los sacramentos de la iniciación cristiana. Por tanto, la catequesis de iniciación cristiana está al servicio de la profesión de fe y de los sacramentos de la iniciación.
- La catequesis, en general, y la forma por excelencia de catequesis, la catequesis de iniciación, es Cristocéntrica tanto por su contenido, como por su fin.

II. EL ORIGEN DE LA CATEQUESIS: REVELACIÓN Y FE

La catequesis tiene su origen en la Revelación de Dios y en la profesión de fe de los Apóstoles. Por la catequesis el hombre concreto, niño o adulto, puede empezar a participar del diálogo de la Revelación de Dios en Cristo y de la fe de los Apóstoles.

1. LA REVELACIÓN (8:30)

La revelación es el acto libre de Dios por el cual se da a conocer al hombre por medio de su Palabra llamándole a la amistad con él y a la salvación. Baste recordar el número 2 de la constitución dogmática *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II:

Dispuso Dios en su sabiduría ¹ revelarse a Sí mismo y ² dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual ³ los hombres, ⁴ por medio de Cristo, Verbo encarnado, ⁵ tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina.

En consecuencia, por esta revelación, ⁶ Dios invisible habla a los hombres como amigos, ⁷ movido por su gran amor y mora con ellos, ⁸ para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía.

Este plan de la revelación ⁹ se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas.

Pero ¹⁰ la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación⁸.

En estas palabras del Concilio se expresan cosas importantes sobre qué es la revelación, cosas que han de tenerse en cuenta para entender la catequesis de iniciación cristiana, cristocéntrica. Primero, que la revelación es un darse a conocer de Dios; segundo, que al hacerlo revela la verdad de sí mismo y de la salvación del hombre; tercero, que es un acto de amor por el que Dios se da a sí mismo; cuarto, que de esta forma ofrece al hombre la salvación y la comunión con él; quinto, que esto lo hace por su Verbo encarnado; y sexto, que el Verbo encarnado, Cristo, es mediador y plenitud de toda revelación de Dios.

Vayamos a la última afirmación: **«Cristo, el Verbo encarnado, es mediador y plenitud de toda revelación de Dios»**. Significa que Dios no se da a conocer ni salva sino a través de Cristo. No hay, por tanto, otra revelación sobrenatural de Dios, sino la cristiana y ésta forma una unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento Dios se revela por medio de su Palabra que es su Hijo. Dios llama a Abraham con su Palabra e instruye a Moisés por esta Palabra. Por la misma Palabra habla a los profetas y hace crecer en el corazón de su pueblo el deseo del Mesías. La misma Palabra que revela a Dios a los antiguos es la que toma carne, llama a los Apóstoles, muere, resucita y envía el Espíritu Santo, que es su propio Espíritu. Solo esta Palabra revela a Dios, solo esta Palabra encarnada salva. Por eso en la catequesis no podemos distraer la atención de las personas ni perder el tiempo con cosas secundarias, sino que todo lo que enseñemos debe ir encaminado a mostrar a Cristo, Palabra de Dios encarnada y único Salvador.

La única revelación por la cual Dios se da a conocer libremente, llama al hombre, establece con él un diálogo amoroso y se entrega a él, es la revelación de Cristo, la Palabra hecha carne. Por medio de esta revelación Dios salva al hombre. No hay revelación sobrenatural, libre, fuera

⁸ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 2

de esta revelación cristiana. No hay otra salvación que no sea la que Cristo otorga. Ni antes de Cristo, ni en paralelo a Cristo, ni después de Cristo hay otra revelación de Dios que no sea la que el Verbo hecho carne protagoniza, ni otra salvación que no sea la que él confiere. El Verbo encarnado es, por tanto, mediador de toda revelación de Dios. Y no solo es mediador, también es plenitud. Si el Antiguo Testamento es la afirmación de que Dios habla al hombre, y lo hace por su Verbo, por su Palabra; el Evangelio es la afirmación de que su Palabra se ha hecho hombre, se ha encarnado. El que antiguamente habló, ahora se ha hecho carne, nos habla a los hombres como hombre, nos ama como hombre y se nos da del todo y definitivamente. No puede esperarse una revelación más plena que esta.

El Espíritu Santo no protagoniza ninguna otra salvación ni revelación distinta de esta. Porque el Espíritu Santo es siempre Espíritu del Padre y del Hijo. Él lleva a Cristo e introduce cada vez más en él y en su vida de Hijo Único y así también en la relación filial con Dios, así es Espíritu filial, que hace que podamos clamar a Dios con las palabras del Hijo único encarnado: «¡Abba! ¡Padre!». El Espíritu Santo ni ha protagonizado ni protagonizará una nueva revelación que nos lleve más allá de Cristo, es decir, que nos haga dejar atrás a Cristo, sino muy al contrario, nos unirá cada vez más a él y nos descubrirá cada vez más los tesoros escondidos en la persona de Cristo.

Cristo es la plenitud de la revelación de Dios. Él es el único mediador y la plenitud de la Revelación. Cristo es el único Salvador del hombre. Ni hay ni puede haber otro.

En la primera clase (noviembre)
llegamos hasta aquí

(2ª clase)

RECAPITULACIÓN DE LA CLASE ANTERIOR:

«Cristo lo es todo para nosotros. Si quieres curar una herida, él es médico; si tienes sed, es fuente; si estás oprimido por la iniquidad, es justicia; si necesitas ayuda, es fuerza; si temes la muerte, es vida; si deseas el cielo, es camino; si huyes de las tinieblas, es luz; si buscas alimento, es comida»⁹.

Con estas palabras de san Ambrosio recuerdo algo de lo que dijimos en la primera clase. Que la vida cristiana está toda ella cifrada en Cristo y que, por lo tanto, la catequesis, que tiene la función de introducir al hombre en la vida cristiana, tiene también como centro absoluto a Cristo. Cristo lo es todo para nosotros, todo lo tenemos en Cristo.

A partir de aquí dijimos:

- Que la catequesis es la enseñanza de los Apóstoles sobre Jesucristo. Y no una *enseñanza* cualquiera, sino una enseñanza que reclama al hombre entero.

⁹ SAN AMBROSIO, *La virginidad*, 99: SERMO, XIV, 2, Milán-Roma 1989, p. 81. Audiencia de BENEDICTO XVI, 24 oct 07

CATEQUESIS CRISTOCÉNTRICA

- Es progresiva, requiere un avanzar en el tiempo, en la vida: SEGUIMIENTO. Aprender a Jesús «tiene lugar en el seguimiento. Y el seguimiento es un vivir en el lugar donde está Jesús»¹⁰.
- La catequesis por excelencia es la catequesis de iniciación cristiana, que lleva al hombre a la comunión con Cristo. ¿Cómo? Por medio de la fe y de los sacramentos. Por tanto, la catequesis de iniciación cristiana está al servicio de la fe y de los sacramentos.
- La catequesis es cristocéntrica: su contenido es Cristo (la enseñanza de los apóstoles sobre Cristo = la fe apostólica) y su fin es Cristo (la comunión con Cristo).

Hasta aquí el recordatorio de la introducción que hice sobre la catequesis cristocéntrica. Después de esto empezamos a ver cuál es el origen de la catequesis, es decir, de dónde parte la enseñanza de la catequesis. Y parte de dos elementos que van de la mano porque no se da el uno sin el otro: la Revelación de Dios y la fe de los Apóstoles. Y empecé a explicar qué es la Revelación de Dios. También de forma esquemática:

La revelación es el acto libre de Dios por el cual se da a conocer al hombre por medio de su Palabra llamándole a la amistad con él y a la salvación. Cf.: *Dei Verbum* 2. Hablamos de Revelación *sobrenatural*:

- Es un darse a conocer de Dios;
- Dios revela la verdad de sí mismo y de la salvación del hombre;
- lo hace en la historia, con hechos y palabras.
- es un acto de amor por el que Dios se da a sí mismo;
- que de esta forma ofrece al hombre la salvación y la comunión con él;
- esto lo hace por su Verbo;
- el Verbo encarnado, Cristo, es mediador y plenitud de toda revelación de Dios.

Por eso en la catequesis no podemos distraer la atención de las personas ni perder el tiempo con cosas secundarias, sino que todo lo que enseñemos debe ir encaminado a mostrar a Cristo, Palabra de Dios encarnada y único Salvador.

Llegamos hasta aquí en la última clase. Ahora tenemos que seguir hablando de qué es la revelación y lo primero que haremos es distinguir la revelación sobrenatural, que es de lo que hemos hablado básicamente, de la revelación natural.

2. REVELACIÓN NATURAL Y SOBRENATURAL (12:30)

El número dos de la *Dei Verbum* hacía referencia a que la Revelación de Dios se realiza a lo largo de la historia. Cuando hablamos de esta revelación en la historia, hablamos de una revelación *sobrenatural*: Dios, que libremente, por propia voluntad, no movido por una ley natural y necesaria, habla y obra en la historia, en momentos concretos, más allá de las leyes naturales.

Pero existe también una revelación *natural*: Dios, que habla al hombre a través de lo creado y siguiendo las leyes naturales de lo creado, porque, en realidad, toda la creación es lenguaje natural de Dios. Gracias a esta revelación natural el hombre conoce, aunque sea entre sombras y como un esbozo, a Dios.

¹⁰ JOSEPH RATZINGER, *Caminos hacia Jesucristo* (Cristiandad, Madrid 2004) 18. Ratzinger dice en realidad literalmente: «El ver tiene lugar en el seguimiento. Y el seguimiento es un vivir en el lugar donde está Jesús»¹⁰

Habla al hombre la grandeza, el orden, la belleza del universo, con todos sus innumerables elementos, fuerzas, energías, con su movimiento y su permanencia en la existencia. ¡La increíble desproporción de su grandeza, de su orden y de su belleza!

Pero no solo las cosas externas al hombre hablan de Dios, también el propio corazón humano habla al mismo hombre de Dios, el corazón habla al corazón. El deseo que el corazón alberga, de Vida, de Verdad, de Belleza, de Bondad, un deseo insaciable, grita en el propio corazón al corazón. Es un deseo natural de algo que está más allá de la naturaleza, el deseo de un amor perfecto, eterno y santo, bello, bueno, puro. Y, sobre todo, en el propio corazón habla la conciencia, el originario representante de Dios en el santuario interior del hombre, le habla al hombre de parte de quien es su Creador y su Señor, como gobernante y juez.

No podemos describir ahora cómo son todas estas palabras naturales de Dios al hombre.

Pero junto a la afirmación de que existe este lenguaje natural de Dios, el lenguaje de su creación, quiero adelantar una cosa que luego repetiré: que el pecado ha introducido en este lenguaje natural la confusión. El lenguaje natural de Dios se ha vuelto para el hombre un lenguaje *babélico*, confuso, no por defecto del lenguaje mismo, sino por la oscuridad que sobre el entendimiento y por la debilidad que sobre la voluntad ha caído con el pecado. Aun así, el hombre puede conocer a Dios a través de lo creado y, de hecho, lo conoce, conoce al Desconocido, aunque sea vagamente. Antes de que llegue al hombre la noticia de la revelación de Dios ya sabe que existe un Dios. Lo sabe por la voz de la conciencia y por las voces que le llegan de la obra creada: **«El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos. El día al día le pasa el mensaje y la noche a la noche se lo susurra. Sin que hablen, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje»** (Sal 19,2-5). Puede que muchas veces el hombre concreto no consiga entender esas «voces», pero tiene la percepción de que Alguien, el Creador, le habla, Bueno, Santo, Poderoso, Gobernador y Juez supremo.

Hablo aquí de la revelación natural porque dicha revelación *natural* es preparación para la revelación *sobrenatural* y, por tanto, para la catequesis.

A la confusión que el pecado ha introducido en la creación, el oscurecimiento de la razón y de la sensibilidad humana, en nuestros días encontramos una dificultad añadida para entender el lenguaje de la revelación natural: se trata de un alejamiento progresivo del hombre con respecto a lo creado. Existencialmente el hombre se separa cada vez más de lo creado y de sus leyes naturales, para vivir en un mundo «fabricado» por sus propias manos. El hombre vive la ilusión de que él es «creador» de todo y, sobre todo, ha llegado a pensar que es su propio creador. De ahí que anteponga como criterio moral, como criterio de lo que es bueno o es malo, sus propios deseos a las leyes y relaciones que le impone el mundo de las cosas creadas. Basta que un deseo suyo pueda ser ejecutado por su técnica, para que sea tenido como moralmente «bueno».

Un ejemplo. Aunque la relación de las cosas creadas imponga, por ejemplo, un estrecho ligamen entre el acto sexual y la procreación, la posibilidad técnica de separar ambas cosas, parece que justifica la bondad moral de hacerlo, si el hombre así lo desea. ¿Por qué no tener un hijo, aunque su concepción se aleje del acto sexual? Ese acto que impone la creación y su orden le parece al hombre actual una servidumbre innecesaria. O a la inversa: ¿por qué no separar el acto sexual de la posible generación de un hijo y disponer así de sexo sin hijos? ¿No es acaso una intolerable limitación al deseo amoroso o al puro deseo de placer sexual que tenga que estar ligado a la procreación? Eso piensa en muchos casos el hombre contemporáneo.

Otro ejemplo: si la técnica médica me permite fabricar y desarrollar embriones humanos en laboratorio, ¿qué límite hay para que yo cree un ser que me abastezca de órganos compatibles conmigo o con mi hijo, en caso de enfermedad? ¿Acaso no es legítimo velar por la salud de mi hijo? Eso piensa en muchos casos el hombre contemporáneo.

Otro ejemplo: Si por el motivo que sea, deseo cambiar de sexo y la técnica me lo permite, ¿qué puede haber contrario a que se cumplan mis deseos? En este ejemplo se da un paso más en la separación del hombre de lo creado con sus relaciones naturales, porque se entiende que una cosa soy yo y otra mi cuerpo. ¿Por qué esto material, mi cuerpo, lo que he recibido de la creación, tiene que imponerse a mi yo? En esta pregunta el «yo», lo que indica el ser del hombre concreto, está ya separado de la creación de forma absoluta. De ahí también el cambio de lenguaje: se deja de hablar de sexo, de sexo masculino o femenino, para hablar de género. Porque efectivamente el sexo es un dato biológico, no solo, también es un dato psicológico y espiritual, pero desde luego tiene un claro componente biológico. Así que se toma la palabra «género» para hacer referencia a algo que no está dado por el cuerpo, que no está dado en la creación, sino que pone el individuo con total autonomía de todo condicionamiento previo a la propia voluntad. No, no hay ser, no hay naturaleza que me determine y constriña mi moralidad, el único límite a mi yo es mi propia capacidad técnica. Eso piensa en muchos casos el hombre contemporáneo.

Son ejemplos de cómo el hombre actual se vive existencialmente cada vez más separado de las cosas creadas y del orden que les es propio. El resultado es que oscurece aún más la revelación natural, más de lo que ya lo hacen las consecuencias del pecado original. Y el oscurecimiento de la revelación natural, esto es, del conocimiento natural de Dios, dificulta también más que el mensaje de la catequesis pueda ser acogido. Hay que tenerlo en cuenta: la imagen natural que el hombre tiene de Dios se hace aún más difusa y, por tanto, cuando le hablamos del Dios que se nos ha revelado en la historia entiende con más dificultad de quién le estamos hablando y que ese ser le concierne: «¿De quién me habláis?», pueden decirnos con cara de extrañeza; «¿Qué tiene que ver ese Dios conmigo?»

Bien, hablaba del lenguaje natural usado por Dios para darse a conocer a todo hombre, antes de dirigirse a él en su revelación sobrenatural. Y hemos concretado como palabras de este lenguaje natural: a) el universo de todo lo que existe, de las cosas creadas; b) el propio corazón humano, con un deseo natural de algo que está más allá de sí mismo y de todo el universo, y con la conciencia. Añadamos una tercera «palabra natural»: c) **el orden natural de la sociedad humana**, con el matrimonio, la ciudad y la nación. El matrimonio, es decir, la entrega de un varón y una mujer para siempre en orden al amor y a la generación de los hijos es el núcleo que da vida a una sociedad. De la vida que se genera en torno a esta célula básica y nuclear depende la configuración de la ciudad y de la nación, hasta dar forma a culturas que iluminan y encauzan la vida de los hombres. Pues bien, el amor conyugal no solo es parte del lenguaje natural de Dios, sino seguramente su palabra natural más elocuente. No en vano la gracia de Cristo convierte el matrimonio en sacramento, es decir, en *signo eficaz* del amor de Dios por el hombre, amor sponsal de Dios por el hombre, amor definitivo y exclusivo de Dios por cada hombre.

Con esto, hemos dicho qué es la revelación natural de Dios y hemos enumerado algunas de esas «palabras naturales» con las que Dios se da a conocer a todo hombre. Vayamos a su relación con la Revelación sobrenatural y con la catequesis.

La revelación natural de Dios y el consiguiente conocimiento natural de Dios son **una preparación** para la revelación sobrenatural. Hay que añadir —quizá se entienda mejor más

tarde— que también la postura del hombre ante la revelación natural de Dios es preparación o dificultad para la respuesta de fe a la Revelación sobrenatural. Si el hombre puede entender que existe un Dios que se revela en la historia, de forma sobrenatural, es porque de alguna forma puede identificar a este ser que se le revela con quien ya conoce, aunque sea solo entre sombras, entre claroscuros. Pongamos el ejemplo de Abrán que oye la voz de Dios que le llama y le ordena dejar su tierra y su familia para ir donde no sabe. San Ireneo de Lyon (s. II) dice que cuando Abrán escuchó la voz de Dios, la voz de la revelación sobrenatural, ya lo buscaba como a tientas. Dice así: «**Cuando siguiendo el ardiente deseo de su corazón, peregrinaba por el mundo preguntándose dónde estaba Dios y comenzó a flaquear y estaba a punto de desistir de su búsqueda, Dios tuvo piedad de aquel que, solo, le buscaba en el silencio**»¹¹. Abrán buscaba a quien no conocía, pero ¿cómo se puede buscar lo que no se conoce en absoluto? Es imposible. Abrán ya tenía un conocimiento natural de Dios, aunque fuera oscuro, débil y dubitativo. Por eso buscaba y por eso reconoció en la voz que escuchó la voz de Dios.

La catequesis parte de la Revelación sobrenatural, pero su primera ayuda para dar a conocer lo que Dios ha dicho y ha hecho es la revelación natural. La revelación natural es *praeparatio evangelii*. Eso, a pesar de todas las dificultades que hemos dicho.

Toda inteligencia verdadera de lo creado, si no es llevada por la mano de la soberbia, es preparación para el Evangelio. Por eso, razón y fe, el conocimiento natural y el sobrenatural no se oponen, son las dos alas con las que el espíritu humano se eleva hasta Dios, y por eso los antiguos hablaban de dos libros: el libro de la naturaleza y el libro de la Biblia.

Aunque, tal como decía antes, las consecuencias del pecado original y los pecados de cada época —como la moderna separación del hombre con lo creado, la negación del Creador— dificultan el conocimiento natural de Dios y dificultan, después, la acogida del Evangelio.

3. CARÁCTER HISTÓRICO DE LA REVELACIÓN (18:30)

Hablemos ahora de la revelación sobrenatural y de cómo se da en la historia, porque al contemplar esta revelación de Dios que se desarrolla progresivamente en la historia, como por etapas, veremos dos claves muy importantes para la catequesis: la primera clave es que este progreso camina hacia una plenitud que es Cristo (La revelación es cristocéntrica). La segunda clave es que este progreso requiere una respuesta del hombre, una respuesta que implica al hombre por entero, la respuesta de la fe.

Volvamos a la constitución dogmática *Dei Verbum*, del concilio Vaticano II. Hemos leído antes:

Este plan de la revelación ⁸ se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas.

Dios, pues, entra en la historia y habla, no solo con palabras, sino con palabras y obras. Cuando, por ejemplo, Dios llama a Moisés para que saque a su pueblo de la esclavitud y cuando obra prodigios para liberarlo; cuando hace Alianza y le da el Decálogo en el Sinaí; o cuando, mucho después, habla por boca de Isaías. Son solo algunos ejemplos. Palabras y obras

¹¹ SAN IRENEO, *Demostración de la predicación apostólica* (F.P. 2 Ed. Ciudad Nueva. Madrid 1992), 24

están íntimamente relacionados en el hablar de Dios, pero ahora no en esta relación entre palabras y obras, nos quedamos con que Dios revela en la historia.

Añadamos algo: no solo su revelación se da en la historia, sino que progresa en la historia. Dios se va revelando poco a poco, conforme el hombre puede acoger su revelación y se hace cada vez más capaz de dialogar con Dios. Avanza la revelación y avanzan los dones con los que Dios salva al hombre. Así, la revelación de Dios y la salvación que otorga con el don de sí, va como por etapas. *La Dei Verbum*, alude a este proceso unitario en el número 3:

3. Dios, creándolo todo y conservándolo por su Verbo, da a los hombres testimonio perenne de sí ^A en las cosas creadas, y, queriendo abrir el camino de ^B la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio. ¹ Después de su caída alentó en ellos la esperanza de la salvación, con la promesa de la redención, y tuvo incesante cuidado del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras. En su tiempo ² llamó a Abraham para hacerlo padre de un gran pueblo, al que luego instruyó por ³ los Patriarcas, ⁴ por Moisés y por ⁵ los Profetas para que lo reconocieran Dios único, vivo y verdadero, Padre providente y justo juez, y para que esperaran al Salvador prometido, y de esta forma, a través de los siglos, fue preparando el camino del Evangelio.

La Revelación progresa por etapas (primeros padres, Abraham, Patriarcas, Moisés, Profetas, etc.) y camina hacia una meta, una revelación definitiva y una salvación definitiva, que no es otra que la revelación de Dios en Cristo, el Verbo encarnado. Así lo recoge también la *Dei Verbum* en el número 4:

4. Dios habló a nuestros padres en distintas ocasiones y de muchas maneras por los profetas, «ahora, en esta etapa final, nos habló por su Hijo» (Hb 1,1-2). Pues envió a su Hijo, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre los hombres y les manifestara la intimidad de Dios (Cf. Jn 1,1-18). Jesucristo, el Verbo hecho carne, «hombre enviado, a los hombres», «habla las palabras de Dios» (Jn 3,34) y realiza la obra de la salvación que el Padre le confió. (Jn 5,36; 17,4). Por eso quien ve a Jesucristo ve al Padre (Cf. Jn 14,9). Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa; finalmente, con el envío del Espíritu de la verdad; lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con el testimonio divino; a saber, que en él vive Dios con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna.

La economía cristiana, por tanto, como alianza nueva y definitiva, no pasará jamás; ni hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. *1 Tim.*, 6,14; *Tit.*, 2,13).

Jesucristo es la plenitud y el culmen de la revelación divina. Con palabras de san Juan: **«A Dios nadie lo ha visto jamás. El Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer»** (Jn 1,18).

Uno puede preguntar: ¿Y las teofanías del AT? Las teofanías del AT son manifestaciones a través de elementos que sirven como de signos —la zarza ardiendo, los tres visitantes en el encinar de Mambré, etc.—; y siempre manifestaciones del Verbo, las teofanías son, en realidad «logofanías». Este hecho no ha sido afirmado solo por los cristianos (Todos los Padres de la Iglesia y toda la tradición hasta el siglo X, al menos, interpretaron así las teofanías del AT, como muestran sencillamente los testimonios artísticos). Antes de que los cristianos interpretaran así las Teofanías, ya lo hicieron los judíos anteriores al Cristianismo —no los posteriores—. Ellos, entre otras cosas para mantener la trascendencia de Dios, afirmaron ya que Dios hablaba por su Verbo. Los testimonios de esta interpretación judía son muy

abundantes y le sirvieron a san Juan para reconocer que Jesús es el Verbo de Dios: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo era Dios y el Verbo estaba junto a Dios...» (Jn 1,1).

Hemos dicho que la revelación de Dios es histórica ¹) porque Dios habla en la historia con hechos y palabras y ²) porque avanza en la historia como por etapas hacia una plenitud, que también se da en la historia, y que es Cristo.

Añadamos algo más. En la Biblia, a lo largo de todo el proceso del AT, cada aspecto de los que Dios revela va desarrollándose también con el paso de la historia y de sus diversas etapas. Eso ocurre, por ejemplo con *la imagen de Dios* que van adquiriendo sus interlocutores: ¿Qué imagen de Dios tiene Abrán cuando escucha su voz por primera vez? En ese momento Abrán sabe realmente poco: la imagen que tiene de Dios es muy pobre. Solo sabe lo fundamental: que es el Dios verdadero el que le llama. Sin embargo, muchos siglos después, ¿qué conoce el profeta Isaías de Dios cuando escucha su palabra también por vez primera (Is 6)? Conoce mucho más. Su imagen de Dios, incluso antes de escuchar su palabra, es mucho más rica, más precisa que la de Abrán, porque durante siglos Dios ha ido desvelando sus contornos poco a poco. La imagen de Dios se había ido purificando de ideas que no se adecuaban a su verdadero ser y se había ido haciendo cada vez más precisa. También después de Isaías la imagen de Dios se fue haciendo cada vez más precisa; hasta que llega el momento en que los interlocutores de la revelación pueden identificar en Jesús, la verdadera imagen de Dios. Acordaos de aquella petición de Felipe en el noche del jueves santo: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (Jn 14,8). ¿Os acordáis de la respuesta de Jesús?: «Felipe, ¿tanto tiempo con vosotros y aún no me conoces? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 9). La imagen de Dios progresa con cada paso de la revelación, desde la primera idea de su existencia hasta la imagen completa y compleja que nos revela Jesús: la del Dios Trino.

Así ocurre con cada aspecto de la revelación de Dios, por ejemplo con los detalles que harían a los discípulos capaces de reconocer a Jesús como Mesías y de interpretar adecuadamente su mesianismo. Hace años dedicamos un curso entero a este asunto. Desde la idea de «mesías» que adquieren los judíos con el Rey David, hasta las promesas del último de los profetas hay todo un camino de purificación, de conocimiento, de promesas y esperanzas, de deseos acrecentados en el corazón de los verdaderos israelitas. Y es ese camino el que hace que, al final, el ciego pueda reconocer en Jesús al Mesías y pueda esperar de él la luz de los ojos, con aquella súplica que es un acto de fe: «**Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí**» (Mc 10, 47). Confesión de fe y súplica que aparece cuando se va a iniciar la última etapa del camino de Jesús, la que le lleva a Jerusalén para morir (CF.: Lc 18,39 ss.). El camino del Antiguo Testamento, primero, y el camino vital de Jesús, después, hace que Pedro pueda profesar su fe en Jesús como cumplimiento de las viejas promesas («Tú eres el Mesías») y avanzar en la novedad de la confesión cristiana («Tú eres... el Hijo del Dios vivo»). Y aún más adelante, ya después de la resurrección, el camino del Antiguo Testamento y el camino vital de Jesús hace posible que los apóstoles puedan interpretar aquellas palabras que providencialmente Pilato había hecho escribir sobre la cruz de Jesús como causa de su muerte: «Jesús nazareno, Rey de los judíos». El camino recorrido con Jesús les capacita para entender que la realeza y el mesianismo de Jesús no era de este mundo y se abría con un acto de sacrificio.

Sin el don del Espíritu Santo, los Apóstoles no habrían podido entender todo el camino del Antiguo Testamento y de su Maestro, pero ese camino humano era del todo imprescindible.

La Escritura, desde el Antiguo Testamento, nos muestra un proceso histórico coherente y unitario de la revelación de Dios. Solo quien conoce este progreso puede entender cada una de las etapas, incluida la definitiva, la de Cristo. No se puede conocer a Jesús, ni adentrarse en el misterio de su amor, sin recorrer todos los caminos que Dios ha recorrido hasta que se nos ha dado en él. La revelación se da y progresa en la historia, y solo quien conoce esa historia conoce al Dios que se revela en ella. Solo quien conoce esa historia conoce a Jesús, y en Jesús a Dios y en Jesús el verdadero significado de todo el camino del AT que conduce a Él. Así: ¹el Antiguo Testamento nos ofrece las claves para acoger y adentrarnos en el misterio de Cristo; y ²solo Cristo nos hace entender el significado de los caminos veterotestamentarios, porque todo miraba a Él, clave de bóveda que ordena todas las demás piezas de la revelación.

Ahora, el conocimiento del AT y de Cristo no es un asunto de eruditos, sino de orantes y de amantes, de fe: es el Espíritu Santo el maestro interior de este doble conocimiento, el Espíritu que inspira las antiguas Escrituras y el que enseña el Evangelio, toda la verdad de Cristo, en el corazón de los Apóstoles.

Todo lo dicho nos lleva a una conclusión: con Jesús ha llegado la plenitud de la revelación y así también «la plenitud de los tiempos», usando una expresión de san Pablo (Cf. Gal 4,4). San Pablo entiende que el progreso de la historia humana se cifra en el diálogo con Dios: revelación de Dios, por un lado, y fe por parte del hombre. Es un diálogo de amistad y de comunión. No hay progreso humano al margen de esta comunión con Dios, y esta se ha obrado plenamente en Cristo. En ese sentido, dice san Pablo: «**Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley**» (Gal 4,4). Básicamente la idea cristiana de la historia dice que la historia ha acabado con Cristo. Con Cristo hemos llegado al fin y vivimos en el tiempo del fin, de la plenitud. Solo queda que la salvación que Cristo nos ha conseguido, el conocimiento y el acceso a Dios, alcance a todos los hombres y él retorne al mundo creado (la parusía) no ya para una nueva revelación, sino para devolver toda la creación al Padre, renovada por su «conocimiento», como anuncia bellísimamente Isaías:

1 Brotará un renuevo del tronco de Jesé,
y de su raíz florecerá un vástago.

[«del tronco de Jesé», es decir de la estirpe del rey David, un «hijo de David», tal se esperaba al Mesías y tal fue Jesús]

2 Sobre él se posará el Espíritu del Señor:
Espíritu de sabiduría y entendimiento,
Espíritu de consejo y fortaleza,
Espíritu de ciencia y temor del Señor [LXX: «piedad»].
Lo inspirará el temor del Señor¹².

[Ungido (ungido = mesías = cristo), no por mano de hombre, sino ungido desde el cielo en el Jordán. Y ungido como rey, sacerdote y profeta, no con óleo sino con Espíritu de Dios, como pleno poseedor del Espíritu de Dios (Espíritu Santo septiforme, con sus siete dones, indica el don pleno del Espíritu Santo. No hay Espíritu Santo que el Padre no haya derramado del todo sobre el Hijo hecho hombre, que así es su dispensador)]

3 No juzgará por apariencias

¹² Si se enumeran los dones del Espíritu Santo, no salen siete, sino seis; falta el don de «piedad» y el don del «temor de Dios» aparece repetido. Eso es porque lamentablemente la traducción litúrgica no sigue los LXX, ni siquiera la Vulgata, sino el texto hebreo, supuestamente original, que no es tal. De todas formas, los siete dones del Espíritu Santo, que toman de este texto su punto de partida son sobre todo interesantes, no como concreción de esta o aquella capacidad concreta, sino porque designan en su conjunto la plenitud del Espíritu y de sus dones. El Mesías tiene esa plenitud. El Espíritu es suyo, porque el Padre lo ha ungido a él derramando todo el Espíritu Santo. Por eso no hay una economía del Espíritu diversa a la que dispensa del Hijo hecho hombre, Jesús.

ni sentenciará de oídas;
juzgará a los pobres con justicia,
sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra;
pero golpeará al violento con la vara de su boca,
y con el soplo de sus labios hará morir al malvado.
La justicia será ceñidor de su cintura,
y la lealtad, cinturón de sus caderas.

[El Hijo de David, verdadero y definitivo Ungido, Rey, justo y fiel, implanta el Reino de Dios, cuyo principio es la virtud de la justicia, tal como es entendida en el AT. «El Reino de Dios ha llegado a vosotros»]

4 Habitará el lobo con el cordero,
el leopardo se tumbará con el cabrito,
el ternero y el león pacerán juntos:
un muchacho será su pastor.
La vaca pastará con el oso,
sus crías se tumbarán juntas;
el león como el buey, comerá paja.
El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente,
y el recién destetado extiende la mano
hacia la madriguera del áspid.
Nadie causará daño ni estrago
por todo mi monte santo:

[El Reino implantado por el Mesías definitivo también será un reino «para siempre», que se describe como una nueva creación. El desorden y la violencia que genera el pecado son superados y aparece el verdadero Paraíso]

5 porque está lleno el país del conocimiento del Señor,
como las aguas colman el mar.

[El Mesías, que ha recibido el Espíritu de Dios, puede revelar plena y definitivamente a Dios. Por eso «está lleno el país del conocimiento de Dios». Es la plena revelación de Dios: Dios que se da al hombre. Este es el gran don que viene con Cristo y con el que vienen los dones de la salvación: la redención del pecado y la filiación adoptiva]

(Is 11,1-9)

La Carta a los Hebreos dice: «En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien instituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo también el universo» (Heb 1,1-2). Y san Juan de la Cruz comenta: «Es como si dijera: Lo que antiguamente habló Dios en los profetas a nuestros padres de muchos modos y de muchas maneras, ahora a la postre, en estos días nos lo ha hablado en el Hijo todo de una vez. En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en Él todo»¹³.

Hagamos una rápida **aplicación a la catequesis** de lo que venimos diciendo sobre la revelación divina.

Tiempo, progreso, seguimiento.

También la enseñanza propia de la catequesis es progresiva, se desarrolla en el tiempo como una forma de discipulado. Para que haya discipulado se necesita al discípulo, pero también a quien con autoridad evangélica va delante del discípulo como verdadero *maestro*

¹³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo* 2,22, 4

cristiano y como *padre*, que introduce al discípulo en las relaciones de la Iglesia en la caridad de Cristo.

Un inciso: Hoy en algunos sitios ya no se habla de catequista, sino de acompañante, con la idea muy equivocada de que el que es catequizado lo lleva todo dentro y solo necesita un igual que lo acompañe. Pero no, el cristianismo es un don que nos viene de fuera, de lo alto, una gracia sobrenatural que es necesario acoger con fe. El catequista debe enseñar lo uno y lo otro, con ciencia y con virtud, convirtiéndose, en cierta medida, en padre y maestro.

El tiempo es un elemento importante en todo proceso educativo y también en el proceso de educación de la fe. Es necesario para la maduración personal, para el crecimiento del cuerpo y del espíritu. Es una ley humana, a la que ni siquiera Dios hecho hombre se quiso sustraer: **«Y crecía en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres»** (Lc 2,52). Así, el proceso de la catequesis de iniciación necesita del tiempo y del progreso en el tiempo. No solo del tiempo, sino del progreso en el tiempo, un progreso real, sin el cual no es posible seguir adelante, sin el cual solo es posible retirarse¹⁴. La Escritura es testigo de cómo Dios se toma tiempo en la educación de su pueblo y de cómo el progreso de su pueblo no es perfectamente lineal. Hay pecado, hay caídas y vueltas atrás en el conocimiento de Dios y en el progreso en su camino. Y entonces Dios vuelve a retomar «lecciones» ya aparentemente aprendidas. Pero también hay defecciones definitivas. Lo que hay siempre es camino. El conocimiento de Dios es un camino, es seguimiento, la catequesis es seguimiento, discipulado, noviciado. El conocimiento que otorga, que es el de la fe que ama, no se abre a quien lo observa con una actitud neutral y sin tomar parte, sino solo a aquel que lo recorre. Los apóstoles Juan y Andrés se adentraron en el conocimiento de Cristo y, así de Dios, porque fueron con él. Jesús les dijo: **«Venid y veréis»**. Y ellos **«fueron y vieron dónde vivía, y se quedaron con él»** (Jn 1,39). Toda catequesis que no sea un camino, seguimiento personal, es en definitiva una predicación que no dice nada.

Relaciones, compañía, eclesialidad

En la revelación, Dios se da a conocer en relaciones concretas con los hombres, de los que otros toman parte. A Moisés Dios se le presenta como el Dios que lo es *de* alguien: «Yo soy el Dios de Abraham...». Para adentrarse en el conocimiento y en la comunión con Dios es preciso adentrarse en la comunión con los hombres que ya forman parte de su revelación. Se desconoce al Dios bíblico fuera de esta relación. Para adentrarse en el conocimiento de Dios se requiere ser parte de esa relación, ser del pueblo de Abraham. Al llegar la plenitud de los tiempos, el Dios de Abraham viene a ser el Padre de Jesús. Hay que recordar que el Evangelio según san Mateo subraya la relación de Jesús con todo Israel hasta enraizarse en Abraham. Dios se define por una relación: es el Padre de Jesús, sin dejar de ser el Dios de Abraham. Pero la relación con Abraham es preparación y anuncio de la relación con Jesús. **Aquella se establece sobre la fe del que solo es hombre, la relación con Jesús se establece por un vínculo que viene de la eternidad: la generación eterna del Hijo Eterno. Por ese vínculo, por esa relación, Dios es Padre e Hijo y Espíritu Santo. Pero Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, no desecha la relación de Abraham, la hace suya participando de la realidad histórica de Israel como hombre y como hombre tomando la fe de Abraham, fe humana, y perfeccionándola en el vínculo filial.**

¹⁴ Cf. Jn 6,66: «Desde ese momento muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él»

En Jesús Dios establece un vínculo de relación más fuerte. La fe de Abraham es ahora la fe del Hijo hecho hombre y los cristianos participarán de este vínculo de Jesús con su Padre. La fe de los cristianos es fe filial, cosa que no es la fe de Abraham, aunque apuntaba a ella. Esta fe filial, fe de los *hijos*, es una participación del vínculo de Jesús con su Padre, es la fe que regala el Bautismo, al hacernos hijos en el Hijo, adoptivos pero verdaderos hijos. Por tanto: para llegar a Dios Padre y pronunciar el Padrenuestro, hace falta adherirse a Cristo. Él es el camino¹⁵ y es la puerta¹⁶. Y esto no ocurre sino entrando en la relación del nuevo pueblo que Jesús forma en torno a sí llamando a los Apóstoles, en el mundo de relaciones del nuevo Pueblo de Dios. Por eso podía decir San Cipriano: «**No tiene a Dios por padre, quien no tiene a la Iglesia por madre**»¹⁷. No son meras palabras hermosas, expresión del afecto por la Iglesia, es una verdad radical del cristianismo, que es «relación», mejor, «comunidad», una comunión de amor que Cristo ha generado desposando a la Iglesia consigo en la cruz.

En la catequesis no hay conocimiento de Dios sin adhesión a la Iglesia a través de las personas concretas: el sacerdote, el catequista... De ahí que no es posible dar catequesis hablando en tercera persona de Jesús, sin que, al tiempo, el catequista y el sacerdote, al ofrecer a Cristo lo hagan entregando su propia persona. ¡Esto es un verdadero reto para el catequista, para el sacerdote y para toda la comunidad cristiana! El progreso en el seguimiento de Cristo no se da solo en la intimidad del corazón, se da también en la adhesión a las personas concretas que me vinculan con el nuevo Pueblo de Dios donde permanecen las relaciones entre Dios y Jesús, entre Jesús y los Apóstoles. Esto es todo lo contrario a una teoría «teológica» o a una teoría «catequética», es la afirmación de que no hay catequesis, no hay conocimiento de Cristo y de Dios, no hay progreso ni seguimiento sin un hombre concreto que se entregue al «enseñar a Cristo» y sin adhesión libre del catequizando, niño o adulto a él.

Os cuento una anécdota. En el siglo IV, en Alejandría, en Egipto, existió un gran catequista, al que desde muy joven pusieron al frente de la escuela de catequistas, poco antes fundada. Se llamaba Orígenes y, con el tiempo se convirtió en uno de los mayores teólogos de la Iglesia de todos los tiempos. La influencia posterior de su obra teológica en la Iglesia es comparable solo a la de san Agustín o a la de santo Tomás de Aquino. Pero no solo dejaría la influencia de su teología, también de su labor catequética. Pasada ya su hora, unos y otros recordaban con orgullo, con agradecimiento y casi con veneración que el tal Orígenes había sido catequista de su padre o de su abuela. Y uno de sus discípulos directos, Gregorio Taumaturgo, escribió una obra de elogio al gran Orígenes. Allí cuenta cómo su estimado maestro no solo ofrecía la clarividencia de su doctrina, sino que se ofrecía a sí mismo ganando con su entrega y su afecto a sus discípulos, y dice san Gregorio, a modo de reflexión sobre el catequista, el sacerdote o el maestro cristiano: «El fabricar los lazos corresponde al superior y no al inferior, que es atado con ellos, de tal forma que no posee el poder desatarse de dichos

¹⁵ «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6)

¹⁶ Cf. Jn 10,7,9

¹⁷ SAN CIPRIANO, *La unidad de la Iglesia*, 6 (Biblioteca patristica 12, Madrid 2001) 49. Otro texto de la misma obra explica bellísimamente cómo esta unidad entre la paternidad de Dios y la maternidad de la Iglesia se fundamenta en la unidad concorde que ha obrado Cristo. *La unidad de la Iglesia* 23 (Biblioteca Patristica 12; Madrid 2001) 97: «Hay un solo Dios, un solo Cristo, una sola Iglesia de Cristo, una sola fe y solo pueblo, conjuntado en la sólida unidad de un cuerpo mediante el vínculo de la concordia. No puede romperse esta unidad ni puede ser dividido o despedazado un único cuerpo, desmembrado su estructura o siendo arrancadas sus vísceras con la laceración. Quien se separa del tronco vital no podrá vivir y respirar por su cuenta, porque le falta el soporte de la vida».

lazos». Está claro que no está hablando de los lazos del sometimiento violento, sino de los lazos de la caridad, necesaria para ofrecer a Cristo ofreciendo la propia vida. Esos lazos humanos, como los que anuncia el profeta Oseas¹⁸, son los que permiten a los «niños en la fe» adentrarse en los vínculos de la caridad cristiana y así crecer en la amistad y en la caridad de Cristo. La catequesis forma parte de un conjunto de relaciones, una red de vínculos personales, que es la Iglesia, una red de relaciones habitada por la caridad de Cristo, por Él, siempre presente entre los suyos¹⁹.

El catequista y el sacerdote tienen la misión no solo de enseñar una doctrina objetivada o de dar un don «objetivado» en el sacramento, sino de hacerlo, hacer eso, convirtiéndose ellos mismos en la persona por medio de la cual el «niño en la fe» entra en la relación de la Iglesia y de Cristo.

Movimiento de comunión:

(De la comunión de la Trinidad a la comunión apostólica; de la comunión apostólica a la comunión del Reino de Dios).

Cristo, poco a poco, hizo a los Apóstoles partícipes de la relación única que él tenía con su Padre. Un momento fundamental fue cuando los apóstoles, observando la relación única de su Maestro con Dios, quisieron participar de ella y le dijeron: «Enseñanos a rezar». Jesús les abrió entonces a la relación con el Dios Verdadero como Padre. Se lo dio como Padre: «Padre nuestro...». Pero el camino de discipulado no llegó a su fin hasta que recibieron el don de su Espíritu, vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. En la relación de Cristo con los Apóstoles nace la Iglesia, como adhesión a la fe apostólica, no solo un conjunto de verdades, sino a aquella virtud y poder que les unía real y existencialmente a su Señor, la fe apostólica. Entonces, la caridad de la Iglesia es la caridad de Dios y la alegría de la Iglesia al dar a luz nuevos hijos, la alegría de Dios:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida... –pues la vida se ha manifestado– nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa». (1Jn 1,1ss)

El Hijo ha abierto la comunión única y totalmente propia que él tenía con Dios a los Doce y, a través de los Doce, a todos los que acogen por la fe el Evangelio.

No sé si parece complicado al explicarlo. ¡Pero es todo tan humano! La vida de Dios se transmite como la herencia espiritual de una familia, por relación humana. Lo que empezó en Abraham, «Yo soy el Dios de Abraham», ha culminado en Jesús: «Este es mi Hijo». Por tanto, la catequesis cristocéntrica no es solo un hablar sobre Cristo. No hay tal catequesis sin encuentro y seguimiento de Cristo, y esto no existe sin la caridad verdadera de los cristianos que se entreguen a sí mismos y así entreguen a Cristo, sin la adhesión a estos cristianos, sin participación en la vida de los cristianos.

¹⁸ Cf. Os 11,4

¹⁹ «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20)

Grados y etapas del catecumenado, paradigma de catequesis

Pero volvamos un poco al carácter progresivo de la catequesis. El catecumenado, paradigma de toda catequesis, tomando como propio el progreso que se observa en la revelación divina, habla de grados «mediante los cuales el catecúmeno ha de avanzar, atravesando puertas, por así decirlo, o subiendo escalones»²⁰. Esos grados dan paso a diversas etapas²¹, etapas de un conocimiento de Dios cada vez más perfecto, que no puede ir sino acompañado por una vida cada vez más acorde con el Evangelio. Por tanto, no es suficiente una instrucción que en poco tiempo garantice el conocimiento nocional de algunas ideas, es necesario que inteligencia, voluntad, afecto, vida moral, vayan adelantando en el seguimiento de Cristo, como un noviciado. Si este progreso no se verifica, falla un punto fundamental de la catequesis de iniciación. Y aunque el tiempo es necesario, la cosa no está tampoco en alargar los años sin más, sino en facilitar y verificar un proceso de seguimiento de Cristo. El tiempo puede ser corto o largo, lo que se ha de verificar siempre es el progreso de la fe.

En ese tiempo, la catequesis ha de introducir al niño o al adulto en el conocimiento que Dios ofrece de sí mismo en la Revelación. Es propio de la catequesis hacer que el catecúmeno o el catequizando tome su propio lugar en la historia de la salvación y pueda recorrer en primera persona, las etapas de la revelación de Dios, puesto que empieza a tomar parte del pueblo al que Dios se ha revelado. La plenitud de ese proceso es la comunión con Cristo.

Para resumir: el carácter histórico de la revelación nos lleva a hablar de la catequesis como un proceso que necesita tiempo, que necesita facilitar y verificar un progreso y que camina hacia la comunión con Cristo, en el interior de una red de relaciones de la cual el catequista y el sacerdote son punto de unión con la Iglesia y con Cristo.

Evangelio y Antiguo Testamento en la Catequesis

Llegados a este punto, os podéis preguntar: por un lado, la catequesis ha de ser cristocéntrica, por otro ha de recorrer la Historia de la Salvación; entonces: ¿debemos recorrer todo el Antiguo Testamento antes de llegar a Cristo? ¿O debemos solo hablar de los Evangelios?

Esta pregunta tiene muchas veces detrás la idea de que el Antiguo y el Nuevo Testamento con cosas bien separadas y bien distintas. Pero eso no es así. Para resumir diría: el Antiguo Testamento es camino, Cristo es cumplimiento. Pero nadie puede comprender quién es Cristo si no es con las claves del Antiguo Testamento. El mismo nombre de Jesús hunde sus raíces en el Antiguo Testamento, lo mismo que el título de Cristo, o el significado que los cristianos le damos al título fundamental de «Hijo de Dios». No es posible llegar al conocimiento de Cristo sino recorriendo los caminos que Dios ha establecido en la historia de la salvación para llegar a él. Famosa es la afirmación de san Jerónimo a este respecto: «Desconocer las Escrituras, es desconocer a Cristo»²². Y al hablar de «Escrituras» san Jerónimo entendía en primer lugar el conjunto de los libros del Antiguo Testamento²³, ya que siguiendo los escritos del Nuevo

²⁰ *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos (RICA)*, 6

²¹ Cf. RICA 7: « Los grados, por tanto, introducen a las etapas de instrucción y maduración, o por ellas son preparados»

²² S. JERÓNIMO, *Comm. in Is.*, Prol.: PL 24, 17.

²³ El Nuevo Testamento cuando habla de la Escritura, habla de lo que nosotros llamamos Antiguo Testamento. Siguiendo la misma tradición, cuando los Padres de la Iglesia, como san Jerónimo,

Testamento, los Padres de la Iglesia designaron con el término Escritura en primer lugar los libros de lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento. Ellos entendían que la verdadera novedad del cristianismo no estaba en nuevos libros, sino en la persona misma de Cristo. Porque en el Antiguo Testamento hablaba el Verbo de Dios, la Palabra de Dios, pero Cristo era la misma Palabra hecha carne. Y por eso ellos aprendieron y nos enseñaron a leer el Antiguo Testamento descubriendo en él las riquezas insondables de la persona del Verbo que en el futuro se haría carne, nos redimiría del pecado y nos haría hijos de Dios. Por eso también el papa Benedicto XVI enseñó en una afirmación importante: «La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito»²⁴.

La catequesis para ser cristocéntrica debe adentrarse en el misterio de Cristo. Y no hay forma de hacer eso sino caminando los caminos de la Escritura, que son los caminos pedagógicos con los que Dios ha querido conducirnos hasta él. Uno puede creerse más listo que Dios. En fin, ¡siempre hay gente así!

Que haya que recorrer los caminos de la Escritura no significa que no se pueda hablar de Cristo a niños o adultos hasta que no conozcan todo el Antiguo Testamento. No. Solo es necesario no separar el Antiguo Testamento de Cristo, ni a Cristo del Antiguo Testamento. Tenemos que aprender de los Padres de la Iglesia a reconocer a Cristo cuando leemos el Antiguo Testamento y cuando nos acercamos al Evangelio debemos reconocer las claves veterotestamentarias con las que expresa la novedad de Cristo, debemos conocer el Antiguo Testamento para comprender a Cristo. Si no conocemos el AT y sus categorías, sus claves, interpretaremos la persona de Cristo con categorías que nada tienen que ver con las que fueron escritas. Es decir, que nos inventaremos un Cristo que no fue y que no existe.

Resumiendo: hemos dicho que la catequesis cristocéntrica tiene su origen en la Revelación y en la fe. Hemos hablado fundamentalmente de la revelación de Dios. Y hemos dicho muchas cosas sobre cómo esta revelación progresa hasta Cristo y cómo la catequesis debe ser también progresiva. Hemos hablado, al tiempo, del carácter eclesial de la catequesis para que pueda ser realmente cristocéntrica, no solo cristocéntrica en las palabras, porque solo la Iglesia puede mostrar a Cristo presente, vivo y actuante. Y hemos hablado también de las relaciones entre el Antiguo Testamento y Cristo. Todo lo dicho deriva de la revelación de Dios, en cómo él se ha revelado y en las consecuencias que tiene eso para la catequesis.

En el próximo tema tenemos que hablar no ya de la revelación de Dios, sino de la respuesta adecuada del hombre al Dios que se revela. ¿Qué respuesta es esa? – La fe. Es una cosa grande. Porque si bien Dios es Dios, solo él es Dios y no hay nada comparable a él y a su obra, hay que decir que, paradójicamente, la revelación es irrelevante sin la fe. Dios lo ha querido así, porque su revelación no es un aplastamiento de la razón a base de evidencias (como el Racionalismo), no es un aplastamiento de la voluntad a base de fuerza y violencia (como el Islam), sino una revelación amorosa que requiere la libertad del hombre y su amor libre.

hablaban de la Escritura, hablaban en primer lugar de los libros del Antiguo Testamento, luego de los libros que se fueron reconociendo como inspirados: los evangelios, las cartas de san Pablo, etc. De hecho, durante años, su doctrina sobre Cristo o sobre la Iglesia y los sacramentos partía de la fe apostólica, es decir, de lo que los Apóstoles habían aprendido con Cristo, pero buscaba su fundamentación en los libros del Antiguo Testamento.

²⁴ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* 12.

Así, Dios se hace vulnerable cuando se revela; y su Palabra, la palabra más importante, se pierde si no hay quien la escuche, quien la acoja y responda a ella. Eso es la fe, la fe de los hombres concretos: desde Abraham hasta Santa María Virgen. Sin esa fe la revelación de Dios no avanza, sino que se frustra. Sin esa fe la Palabra pronunciada de Dios se pierde.

Por eso, solo la respuesta de la fe lleva a su fin la revelación. La revelación, que es comunicación no alcanza su fin si no es acogida. Eso lo hace la fe. La plenitud de la revelación de Dios es Cristo y la respuesta a esa revelación es la fe de los Apóstoles. Esa fe forma parte de la revelación de Cristo y es, al fin, el culmen de la revelación. Por eso en los tratados clásicos sobre la Revelación (tratado de Teología fundamental) se dice que la Revelación de Dios termina con la muerte de los Apóstoles. Porque ellos, con su fe, forman parte de la propia revelación de Dios. Con su fe tenemos acceso al misterio de Cristo, al misterio del Evangelio. Nosotros solo podemos hacer nuestra la revelación de Dios en Cristo, hacer nuestro a Cristo, uniéndonos a la fe de los Apóstoles. Eso es lo que hacemos realmente cuando hacemos profesión de fe, recitando el Credo.

Al examinar la relación de la fe del hombre con la Revelación de Dios entenderemos mejor dos cosas: primero, la importancia que tiene que la catequesis verifique un progreso de fe en los catequizandos y catecúmenos; segundo, que para llegar a la comunión con Cristo —que es el fin de la catequesis— tan importante como la Escritura es la fe de los Apóstoles, que se explicita en el Catecismo.

Pero de esta fe hablaremos en nuestro próximo encuentro.